

como un demonio de Maxwell». Y el creador de la «Cibernética» expone, en conclusión:

Mientras tanto, puede haber un intervalo de tiempo completamente apreciable antes de que el demonio sea descondicionado, y es posible prolongar este tiempo de tal manera que podemos hablar de una fase activa del demonio como metastable. No hay razón para suponer que demonios metastables no existan de hecho; en verdad puede muy bien suceder que las enzimas sean demonios metastables de Maxwell, la entropía disminuyendo, quizás no por la separación entre partículas rápidas y lentas sino debido a algún otro proceso equivalente. Podemos encarar perfectamente los organismos vivos, tal como el propio Hombre, bajo esta luz. Ciertamente, la enzima y el organismo vivo son metastables análogos: el estado estable de una enzima debe ser descondicionado, y el estado estable de un organismo vivo debe ser muerto.

La conexión providencial, relacionando todo lo hasta aquí expuesto, vamos a encontrarla en un ensayo de 1958, «Le coup de dés de Stéphane Mallarmé et le message», de Jean Hyppolite, traductor y estudioso de Hegel<sup>15</sup>. Hyppolite, para quien Mallarmé «ciertamente no ignoraba la *Lógica* de Hegel», hizo una analogía entre el Libro mallarmeano y lo que llama «el mensaje absoluto»:

Imaginemos la *Lógica* de Hegel transformada en la discusión de sí misma, inseparable de su existencia, y empeñándose aún en refutar ella misma el azar y sustituirlo por una necesidad intrínseca: tenemos así una idea de la tentativa mallarmeana.

Entendiendo que «el mensaje de Mallarmé es aquello que los modernos teóricos de la información oponen a la entropía», el filósofo francés prosigue:

Como el organismo vivo y los catalizadores, el dominio de Maxwell podría (...) retardar la caída en el equilibrio estable o muerte, pero este retardamiento, que es una adquisición de información, es singular y amenazador. La información asciende por un declive, pero el declive es fatal.

E introduce así una comparación entre el «ulterior demonio inmemorial» imaginado por Mallarmé, independientemente de Maxwell, en el *Coup de dés* y el «actor artificial» ideado por el físico británico. En Mallarmé

<sup>15</sup> Jean Hyppolite, «O lance de dados de Stéphane Mallarmé e a mensagem», texto traducido por mí y presentado en Issac Epstein (org.), *Cibernética e Comunicação*, São Paulo, EDUSO/Cultrix, 1973.

habría, además una «dimensión de memoria», una «extraña llamada recíproca del futuro y del pasado», un *ulterior* y un *originario*, «que tal vez predigan el carácter singular de ese mensaje poético o filosófico en la confrontación con aquello que la cibernética moderna denomina mensaje». Y el filósofo añade que el mensaje en Mallarmé sería «un posible imposible»: surge bajo el riesgo permanente de engolfarse en el abismo.

De hecho, en la épica mallarmeana, desubicada (sin lugar) y sin contenido diegético propiamente dicho, la acción se concentra en la «conjunción suprema con la probabilidad», en la circunstancia del juego de dados, en que el *Humanus* (*Le Maître*) enfrenta el Azar en el tablero del Universo. Si el azar jamás puede ser abolido, podrá —¿quién sabe?— suspenderse repentinamente, dejando que de él se rescate una orden, aunque fugaz, el diseño de una constelación (¿la obra, culminación del acto extremo del *Humanus*?). Al contrario de lo que ocurre en Hegel, el péndulo del verbo *aufheben* no se inclina hacia el determinismo total que absorbe el Azar en la necesidad, aboliéndola; oscila, por un momento, en el sentido de la probabilidad, de una suspensión provisoria que ensaya la sorpresa de una orden, simbolizada en la figura constelar del final del poema. Se insinúa en el texto mallarmeano una sospecha de indeterminación. tiene razón Hypolite: el demonio que asombra al poeta francés no es el de Laplace sino el de Maxwell.

En ese sentido, Mallarmé parece prefigurar los desarrollos más recientes de la ciencia, aunque Einstein, el teórico de la relatividad, afirmara que «Dios no juega a los dados»... Para Prigogine, que recibió en 1977 el premio Nobel de Química por su contribución a la termodinámica del equilibrio, el fenómeno «vida» es explicable a través de ciertas «singularidades aleatorias», en las cuales «la dispersión de energía y de materia, hecho generalmente asociado a las ideas de pérdida de rendimiento y de evolución hacia el desorden, se torna, lejos del equilibrio, fuente de orden». Tales configuraciones singulares, y no obstante «naturales», tan naturales «como la caída de los cuerpos» (ley de la gravedad), constituyen lo que el científico llama «estructuras disipativas», de las cuales son paradigmas las «enzimas» (ejemplo, dado por Wiener, de los «demonios metastables de Maxwell», así como, en general, «los organismos vivos» y, desde luego, el hombre). Prigogine, refiriéndose al «texto genético» habla de «traducción» de la información contenida en el ácido nucleico en «proteínas enzimáticas», que, a su vez, constituyen «un verdadero dispositivo conservador del azar»:

«Son las enzimas que, por un breve lapso de tiempo, retardan la muerte y, en el milagro estático de la organización microscópica, traducen la sucesión de milagros estáticos que resultan de ellas»<sup>16</sup>.

<sup>16</sup> *Op. cit.* en nota 10.

Y aquí he de recordar los versos de Manuel Bandeira:

La vida es un milagro.  
 Cada flor,  
 con su forma, su color, su aroma,  
 cada flor es un milagro.  
 Cada pájaro,  
 con su plumaje, su vuelo, su canto,  
 cada pájaro es un milagro.  
 .....  
 La memoria es un milagro.  
 La consciencia es un milagro.  
 Todo es un milagro.  
 Todo, menos la muerte.  
 –Bendita la muerte, que es el fin de todos los milagros.

Son versos del poema «Preparación para la muerte», que parecen un comentario irónico a las verificaciones científicas de Wiener y Prigogine<sup>17</sup>.

Charles Sanders Peirce (1839-1914), el fundador de la semiótica, tenía cerca de 58 años cuando el poema de Mallarmé fue estampado en la revista parisina *Cosmópolis*. Peirce, que nunca tuvo conocimiento de él, era un admirador de E.A. Poe, maestro de Baudelaire y de Mallarmé. Filósofo de formación científica, al tanto de los más recientes desarrollos de la ciencia de su tiempo (al resumirlos, señala la importancia de las investigaciones de Maxwell para la teoría de los gases)<sup>18</sup>, Peirce otorgó al Azar relevancia fundamental en su pensamiento. «La conclusión que Peirce extrajo de su examen del determinismo es que la indeterminación, o, como él la llama, el Azar (*Chance*), debe ser considerado un ingrediente real de la naturaleza, igual que una ley<sup>19</sup>. A su concepción filosófica, Peirce da el nombre de «tiquismo» (término extraído del griego *tykhê*, «azar») «azarismo», «casualismo», como también se podría decir. Procura, de esta forma, dar cuenta de la «ineliminabilidad del azar»<sup>20</sup>. Por otro lado, propone la doctrina del «falibismo», según la cual «nuestro conocimiento nunca es absoluto, fluctúa (*swims*) en un *continuum* de

<sup>17</sup> Cf. H. de Campos, «Bandeira, o desconstelizador», *Metalinguagem a outras metas, Perspectiva, São Paulo, 1967*.

<sup>18</sup> Ch. S. Peirce, *Collected Papers (Cambridge, Mass, 1965; CP, 7, pág. 297)*. Las citas siguientes se harán por las siglas del título.

<sup>19</sup> P. T. Tureley, *Peirce's Cosmology, New York, Philosophical Library, 1977*.

<sup>20</sup> Cf. *Nynfa Bosco, Enciclopedia Garzanti di Filosofia, voz Peirce, , 1981*.

incertidumbre e indeterminación»<sup>21</sup>, lo que pone bajo el signo de la provisionalidad a toda ciencia positiva. Retomando a los presocráticos, escribe: «Para los antiguos, sería extraño considerar que no había azar»<sup>22</sup>. Define el tiquismo como «la doctrina según la cual el azar absoluto (*absolute chance*) es un factor del universo»<sup>23</sup>. Su posición respecto al determinismo es clara:

Es evidente, por ejemplo, que no tenemos razón para pensar que todos los fenómenos, en sus mínimos detalles, sean precisamente determinados por la ley. Se ve que hay un elemento arbitrario en el universo, a saber, su variedad. Esa variedad debe ser atribuida a alguna forma de espontaneidad<sup>24</sup>.

Aunque reconozca que mucho de lo que hay de verdadero en Hegel, bajo la forma de «secreto centelleo» (*darkling glimer*), son presentimientos que la ciencia confirmaba, niega el racionalismo triunfante del filósofo del «Espíritu Absoluto», que absorbe el azar en la necesidad<sup>25</sup>.

Peirce, como Hegel, era un amante de las tríadas. En la tripartición de sus categorías, el azar (*chance*), se incluye en la «primereidad»: *Chance is First*. O incluso: «Variedad es arbitrariedad, y la arbitrariedad «tiene como su principal componente la concepción de Primero»<sup>26</sup>.

A «primereidad» también tiende, por su aspecto icónico, el «signo estético», la obra de arte. Lo que no quiere decir que la obra artística deba ser reducida a «primereidad». Con razón observa Lúcia Santaella que la obra de arte, desde el punto de vista categorial, es antes un signo «mixto». Y recuerda un pasaje de los manuscritos peirceanos donde el gran filósofo norteamericano, refiriéndose a la «cualidad estética», vista como «impresión total inanalizable de una razonabilidad que se expresa en una creación», escribe:

Es un puro Sentimiento, pero es un sentimiento que es la impresión de una Razonabilidad que Crea. Es una Primereidad que realmente pertenece a la Tercereidad en su realización de la Secundidad»<sup>27</sup>.

<sup>21</sup> CP, 1, 171.

<sup>22</sup> CP, 1, 403. Para un estudio detenido de la concepción mallarmeana del azar en relación a los presocráticos, consúltese el importante libro de J.D. García Bacca, Parménides/Mallarmé. Necesidad y Azar, *Anthropos*, Barcelona, 1985. El libro incluye un minucioso análisis de Un Coup de dés.

<sup>23</sup> CP, 6, 201. Para Ivo Assad Ibri, que estudia detenidamente este aspecto de Peirce, Peirce habría dado al indeterminismo y al azar un estudio «ontológico». Cf. Kósmos Noêtés (La arquitectura metafísica de Ch. S. Peirce), São Paulo, Perspectiva, 1992.

<sup>24</sup> Cp, 6, 30.

<sup>25</sup> Cp, 6, 31; 5, 79 y 5, 91.

<sup>26</sup> CP 6, 32.

<sup>27</sup> Cf. Lúcia Santaella, Estética de Platão a Peirce, São Paulo, Editora Experimento, 1994.

Azar y Orden, libertad y ley, sensibilidad y razón se dialectizan en la ocasión concreta de la obra de arte, verbal o no verbal, como conjugados por un *intellecto d'amore* (Dante), una sensibilidad pensante (Fernando Pessoa). La «constelación» se deja rescatar del azar sideral como el cosmos del caos; cual vida, inscrita en el código nucleico del *Humanus*, en cuanto dura (y ella se reproduce y se prolonga), es rescatada de la fatalidad de la muerte entrópica. Erwin Schrödinger, físico apasionado por la biología, observa que un organismo vivo tiene el «asombro de concentrar una corriente de orden en sí mismo librándose así de caer en el caos atómico»<sup>28</sup>.

Renunciando a la tarea imposible de abolir el Azar, pero incorporándolo a su acto de componer bajo la forma provisional de una «constelación» —«estructura disipativa» que, como la vida, se vigoriza por su misma efimereidad, Mallarmé que, en 1866 dejó escrito:

Pude, gracias a una gran sensibilidad, comprender la correlación íntima de la Poesía con el Universo, y para que ella fuese pura, concebí el proyecto de rescatarla del sueño y del azar y de yuxtaponerla a la concepción del Universo<sup>29</sup>.

Se propone, así, retomar la literatura «en su fuente, que es el Arte y la Ciencia». Parece, en este sentido, haber prefigurado la «nueva alianza» propugnada por Prigogine (que es además, un admirador del «pionerismo» de la filosofía peircena)<sup>30</sup>. En esa nueva alianza, que sucede a la visión, hoy prescrita, de un «mundo concluso, estático y armonioso», en la cual es admitida la posibilidad de «singularidades aleatorias», de «un tiempo termodinámico», de procesos «irreversibles», la naturaleza pasa a demandar una «escucha poética» por parte del científico, ya que «la actividad humana, innovadora y creadora, no es extraña a ella»<sup>31</sup>.

Esto Mallarmé parece haberlo vislumbrado al jugar los dados de su Magno Poema. De eso habría tenido una fulgurante premonición Heráclito, el Oscuro (Skoteinós), en el fragmento 124B: *eikê kekhyménon ho kállistos kósmmos*: «Dos cosas lanzadas al azar, el orden más bello, el cosmos», y del propongo dos «transcreaciones» complementarias:

<sup>28</sup> Erwin Schrödinger, cit. por James Gleick, *Caos*, traducción española, Barcelona, Seix Barral, 1994.

<sup>29</sup> *Carta a Villiers de l'Isle-Adam*. Cf. Gardner Davies, *Vers une explication rationnelle du Coup de Dés*, París, J. Corti, 1953.

<sup>30</sup> Cf. Lúcia Santaella, *A Assinatura das Coisas*, Río de Janeiro, Imago, 1992.

<sup>31</sup> Cf. op. cit. en la nota 10. Ver también, de Prigogine, *El fin de la certidumbre*, Madrid, Taurus, 1997.

<sup>32</sup> *Die Fragmente des Heraklit* (edición Bruno Snell), Tübingen, Ernst Heimeran Verlag (Tusculum-Buch), 1944; *Heráclito*, Fragmentos.

*ho kállistos kósmos*  
barredura del azar                    bello  
cosmos

o

*caleidocosmos*  
basura (lujo) del azar                    cosmos<sup>33</sup>

**Haroldo de Campo**

*Traducción: Juan Malpartida*

<sup>33</sup> «Heráclito revisitado», en *H. de Campos, Os Melhores Poemas de, São Paulo, Global, 1992.*